

KURT VONNEGUT



En este libro nada es cierto.

Jonás (o John) se propone investigar qué estaban haciendo los norteamericanos más destacados el día en que se arrojó la bomba en Hiroshima. Las cartas que intercambia con el hijo menor del doctor Felix Hoenikker —uno de los padres de la bomba atómica— lo zambullen en una intriga familiar que oculta la más terrorífica contribución de la ciencia a la humanidad: el hielo nueve.

Las respuestas a todas las preguntas están en una isla del Caribe, la república de San Lorenzo, donde el bien y el mal se reparten entre un dictador demente, un genio imparable, una diosa del amor y el fundador del bokononismo, una religión profética y absurda. A Jonás le tocará aprender algo sobre el poder, el horror y la estupidez humana, y sobre las mentiras que nos contamos mientras esperamos el fin del mundo.

Eterno escritor de culto, cómico, irreverente y genial, **Kurt Vonnegut** es una de las figuras insoslayables de la literatura del siglo XX y *Cuna de gato*, una de sus novelas más celebradas.

«El momento de leer a Vonnegut es justo cuando se empieza a sospechar que nada es lo que parece. No solo divierte: electrocuta. Y se lo lee con un placer enorme porque te pone los pelos de punta». —*The New York Times*

«Vonnegut miró el mundo a los ojos y nunca se inmutó». — J. G. Ballard

*Para Kenneth Littauer,
hombre de gallardía y buen gusto*

En este libro nada es cierto.

“Vive de acuerdo con los *foma*^[1] que te hacen valiente, amable, saludable y feliz”.

Libros de Bokonon, I: 5

1 El día en que terminó el mundo

Pueden ustedes llamarme Jonás. Mis padres me llamaron así, o casi. Me llamaron John.

Jonás, John. Si hubiera sido un Sam, igual habría sido un Jonás. No porque haya sido una desgracia para otros, sino porque infaliblemente alguien o algo me ha obligado a estar en ciertos lugares en ciertos momentos. Conté con los medios y los motivos, a veces convencionales y a veces insólitos. Ciñéndose al plan, este Jonás siempre estuvo presente en el momento atinado y el lugar atinado.

Escuchen:

Cuando yo era más joven, hace dos esposas, hace doscientos cincuenta mil cigarrillos, hace tres mil litros de alcohol...

Cuando yo era mucho más joven, empecé a compilar material para un libro que se llamaría *El día en que terminó el mundo*.

El libro contaría una historia verídica.

Narraría lo que habían hecho importantes personajes de los Estados Unidos el día en que se arrojó la primera bomba atómica en Hiroshima, Japón.

Sería un libro cristiano. Entonces yo era cristiano.

Ahora soy bokononista.

Entonces habría sido bokononista, si alguien me hubiera enseñado las agridulces mentiras de Bokonon. Pero el bokononismo era desconocido fuera de las playas de grava y los cuchillos de coral que rodean esta pequeña isla del Caribe, la república de San Lorenzo.

Los bokononistas creemos que la humanidad está organizada en equipos que cumplen la voluntad de Dios sin percatarse de lo que están haciendo. Bokonon llama *karass* a cada uno de esos equipos, y el instrumento, el *kan-kan*, que me llevó a mi *karass* personal fue el libro que nunca concluí, el libro que se llamaría *El día en que terminó el mundo*.

2 Bonito, muy bonito

“Si descubres que tu vida está enredada con la vida de otro por motivos que no son muy lógicos —escribe Bokonon—, esa persona puede ser miembro de tu *karass*”.

En otro párrafo de los *Libros de Bokonon* dice: “El hombre creó el tablero de damas; Dios creó el *karass*”. Esto significa que un *karass* no tiene en cuenta las fronteras nacionales, institucionales, ocupacionales, familiares ni de clase.

Es una forma tan elástica como la ameba.

En su calipso cincuenta y tres, Bokonon nos invita a cantar con él:

Oh, un borracho dormido
en Central Park,
y un cazador de leones
en la jungla oscura,
y un dentista chino,
y una reina inglesa...
todos se ensamblan
en la misma máquina.
Bonito, muy bonito;
bonito, muy bonito;
bonito, muy bonito...
Tanta gente tan variada
inmersa en la misma trama.

3 Necedad

Bokonon no se opone a que una persona intente descubrir los límites de su *karass* y la naturaleza de la obra que le ha encomendado Dios Todopoderoso. Bokonon solo observa que esas investigaciones son forzosamente parciales.

En la sección autobiográfica de los *Libros de Bokonon*, escribe una parábola sobre la necedad de tratar de descubrir, de comprender. Dice Bokonon:

En Newport, Rhode Island, conocí a una mujer episcopaliana que me pidió que diseñara y construyera una cucha para su gran danés. Esta mujer se jactaba de conocer perfectamente a Dios y Sus modos de obrar. No entendía que alguien sintiera perplejidad ante lo que había sido o lo que iba a ser.

Aun así, cuando le mostré un plano de la cucha que me proponía construir, me dijo:

—Lo siento, nunca supe leer esas cosas.

—Déselo a su esposo o a su pastor para que se lo pase a Dios —le dije— y, cuando Dios tenga un minuto, sin duda explicará esta cucha de un modo que hasta usted podrá entender.

Me despidió. No la olvidaré nunca. Ella creía que Dios tenía más simpatía por la gente que iba en velero que por la gente que iba en lancha. No soportaba mirar un gusano. Cuando veía un gusano, gritaba.

Era una necia, igual que yo, igual que cualquiera que cree entender lo que Dios está haciendo.

4 Una trama tentativa de zarcillos

Sea como fuere, en este libro me propongo incluir a la mayor cantidad posible de miembros de mi *karass*, y examinar todos los indicios de aquello que nos hemos propuesto hacer colectivamente.

Este libro no intenta ser una apología del bokononismo. No obstante, me gustaría ofrecer una advertencia bokononista sobre él.

He aquí la frase inicial de los *Libros de Bokonon*: “Todas las verdades que estoy por decir son mentiras descaradas”.

He aquí mi advertencia bokononista: si alguien no logra entender que una religión útil se puede basar en mentiras, tampoco entenderá este libro.

Que así sea.

* * *

Mi *karass*, pues.

Sin duda incluye a los tres hijos del doctor Felix Hoenikker, uno de los llamados “padres” de la primera bomba atómica. También el doctor Hoenikker era miembro de mi *karass*, aunque había muerto antes de que mis *sinookas*, los zarcillos de mi vida, comenzaran a enlazarse con los de sus hijos.

El primero de sus herederos en ser tocado por mis *sinookas* fue Newton Hoenikker, el menor de sus tres descendientes, el menor de sus dos hijos varones. Gracias al *Delta Upsilon Quarterly*, la revista de mi club de estudiantes, supe que Newton Hoenikker, hijo de Felix Hoenikker, premio

Nobel de física, formaba parte de mi sección, la sección de Cornell.

Le escribí esta carta a Newt:

Estimado señor Hoenikker:

¿O debería decir "estimado hermano Hoenikker"?

Soy un miembro de Delta Upsilon que se gana la vida como escritor independiente. Estoy compilando material para un libro relacionado con la primera bomba atómica. El contenido se ceñirá a los acontecimientos que ocurrieron el 6 de agosto de 1945, el día en que arrojaron la bomba en Hiroshima.

Como se suele reconocer a su difunto padre como uno de los principales creadores de la bomba, agradecería mucho que usted pudiera relatarme anécdotas sobre la vida en casa de su padre el día en que la bomba fue arrojada.

Me disculpo por no saber tanto como debería sobre su ilustre familia, así que no sé si usted tiene hermanos. En caso de que los tenga, me agradecería mucho disponer de sus direcciones para enviarles una solicitud similar.

Sé que usted era pequeño cuando arrojaron la bomba, y es mejor que sea así. Mi libro no hará hincapié en el aspecto técnico sino en el aspecto humano de la bomba, así que toda evocación de aquel día a través de los ojos de un "pequeñín", si me permite la expresión, sería sumamente adecuada.

No se preocupe por el estilo y la forma. Deje todo eso por mi cuenta. Solo deme los elementos básicos de su historia.

Desde luego, le enviaré la versión definitiva para que usted dé el visto bueno antes de la publicación.

Un saludo fraternal...

5 Carta de un estudiante

Y Newt respondió:

Lamento haber demorado tanto en contestar su carta. Su proyecto parece muy interesante. Cuando arrojaron la bomba yo era tan pequeño que me temo que no seré de gran ayuda. Tendría usted que consultar a mi hermano y a mi hermana, que son mayores que yo. Mi hermana es la esposa de Harrison C. Connors y reside en North Meridian 4918, Indianápolis, Indiana. En la actualidad, yo también resido en este domicilio. Creo que ella lo ayudará con gusto. Nadie conoce el paradero de mi hermano Frank. Desapareció hace dos años, poco después del funeral de mi padre, y nadie ha tenido noticias suyas desde entonces. Por lo que sabemos, quizá haya muerto.

Yo solo tenía seis años cuando arrojaron la bomba atómica en Hiroshima, así que mis únicos recuerdos de aquel día son los que otras personas me ayudaron a evocar.

Recuerdo que jugaba en la alfombra de la sala, frente al estudio de mi padre, en Ilium, Nueva York. La puerta estaba abierta, y yo veía a mi padre. Él usaba pijama y bata. Fumaba un cigarro. Jugaba con un cordel. Aquel día no fue al laboratorio y se quedó en casa. Se quedaba en casa cuando quería.

Mi padre, como usted sabrá, pasó casi toda su vida profesional trabajando para el laboratorio de investiga-

ciones de la General Forge & Foundry Company, una empresa de fundición de Ilium. Cuando se inició el proyecto Manhattan, el proyecto de la bomba, mi padre se negó a irse de Ilium para participar en él. No estaba dispuesto a participar si no lo dejaban trabajar donde él quería. Así que pasaba mucho tiempo en casa. El único sitio al que le gustaba ir, fuera de Ilium, era nuestra residencia de Cape Cod. Allí fue donde falleció. Falleció en Nochebuena. Usted también debe de saber eso.

Sea como fuere, el día de la bomba yo jugaba en la alfombra frente a su estudio. Mi hermana Angela me ha dicho que yo me entretenía con camiones de juguete durante horas, imitando el ruido de los motores, ronroneando sin cesar. Supongo que estaba ronroneando como un motor el día de la bomba; y mi padre estaba en su estudio, jugando con un rizo de cordel.

Sé de dónde venía ese cordel, y quizá usted pueda usar el dato en su libro. Mi padre tomó el cordel del manuscrito de una novela que le había enviado un convicto. La novela trataba sobre el fin del mundo en el año 2000, y el título del libro era *2000 d. C.* Contaba que los científicos locos creaban una bomba terrible que destruía el mundo entero. Había una gran orgía sexual cuando todos se enteraban de que el mundo estaba por terminar, y Jesucristo aparecía en persona diez segundos antes del estallido de la bomba. El nombre del autor era Marvin Sharpe Holderness, y en una carta adjunta le contaba a mi padre que estaba preso por haber matado al hermano. Le enviaba el manuscrito a mi padre porque no sabía qué clase de explosivos poner en la bomba. Pensaba que mi padre podía hacerle sugerencias.

No pretendo decirle que leí el libro a los seis años. Lo tuvimos en casa durante mucho tiempo. Mi hermano Frank se apropió de él, por las partes cochinas. Frank lo mantenía escondido en lo que llamaba la "caja de segu-

ridad" de su dormitorio. No era una caja de seguridad sino una vieja chimenea de cocina con tapa de hojalata. Frank y yo debemos de haber leído la parte de la orgía como mil veces cuando éramos niños. Lo tuvimos durante años, y luego mi hermana Angela lo encontró. Lo leyó y dijo que era una bazofia inmundada. Lo quemó junto con el cordel. Ella fue una madre para Frank y para mí, porque nuestra verdadera madre murió cuando nació yo.

Estoy seguro de que mi padre nunca leyó el libro. Creo que nunca en su vida leyó una novela o un cuento, al menos desde que era pequeño. Tampoco leía su correspondencia, ni revistas ni periódicos. Supongo que leía muchas publicaciones técnicas, pero a decir verdad no recuerdo que mi padre leyera nada.

Como decía, lo único que le atraía de ese manuscrito era el cordel. Así era él. Nadie podía predecir en qué se interesaría. El día de la bomba fue el cordel.

¿Ha leído el discurso que dio cuando aceptó el premio Nobel? He aquí todo el discurso: "Damas y caballeros: Hoy estoy aquí ante ustedes porque nunca perdí la mirada de asombro de un niño de ocho años que va a la escuela en una mañana de primavera. Cualquier cosa puede llamarme la atención y despertar mi curiosidad, y a veces aprendo. Soy un hombre muy feliz. Gracias".

Lo cierto es que mi padre miró ese trozo de cordel un rato, y luego sus dedos empezaron a jugar con él. Sus dedos formaron la figura llamada "cuna de gato". No sé dónde mi padre aprendió a hacer eso. Del padre de él, quizá. El padre de él era sastre, así que debía de haber mucho hilo y cordel en la casa cuando mi padre era pequeño.

Nunca vi a mi padre jugar a nada, salvo cuando hizo esa cuna de gato. No le interesaban los trucos, los juegos ni las reglas que inventaban otros. En un álbum que guardaba mi hermana Angela, había un recorte de la re-

vista *Time* donde alguien le preguntaba a mi padre a qué jugaba para relajarse, y él respondió: "¿Para qué molestarme con juegos inventados cuando hay tantos juegos en la realidad?".

Se debe de haber sorprendido cuando armó una cuna de gato con el cordel, y quizá le recordó su propia infancia. De pronto salió del estudio e hizo algo que no había hecho nunca. Trató de jugar conmigo. No solo nunca había jugado conmigo; casi no me había dirigido la palabra.

Pero se arrodilló en la alfombra junto a mí, y me mostró los dientes, y agitó esa maraña de cordel ante mi cara.

"¿Ves? ¿Ves? ¿Ves? —preguntó—. Cuna de gato. ¿Ves la cuna de gato? ¿Ves dónde duerme el bonito minino? Miau, miau".

Sus poros se veían grandes como cráteres lunares. Tenía las orejas y las fosas nasales cubiertas de vello. Con su olor a cigarro, apestaba como la boca del infierno. Tan de cerca, mi padre era la cosa más fea que yo había visto. Sueño con eso constantemente.

Y luego cantó: "Duérmete, gato, en la copa del árbol". Cantó: "Cuando sopla el viento, la cuna se mece. Si la rama se rompe, la cuna caerá. La cuna se vendrá abajo, con gatito y todo".

Rompí a llorar. Me levanté de un salto y salí corriendo de la casa.

Tengo que interrumpir. Son más de las dos de la mañana. Mi compañero de cuarto se acaba de despertar quejándose del ruido de la máquina de escribir.

6 Peleas de bichos

Newt reanudó su carta la mañana siguiente. La reanudó de esta manera:

La mañana siguiente. Aquí voy de nuevo, fresco y rozagante tras ocho horas de sueño. El edificio del club de estudiantes está en silencio. Todos han ido a clase menos yo. Soy un personaje privilegiado. Ya no tengo que ir a clase. Me expulsaron la semana pasada. Yo estaba en el curso preparatorio de Medicina. Tuvieron razón en reprobarme. Habría sido un pésimo médico.

Al terminar esta carta, creo que iré al cine. O si sale el sol, quizá vaya a caminar por un barranco. ¿No son hermosos los barrancos? Este año, dos muchachas saltaron a uno tomadas de la mano. No las habían aceptado en el club de estudiantes que querían. Querían estar en Tri-Delt.

Pero volvamos al 6 de agosto de 1945. Mi hermana Angela me ha dicho muchas veces que ese día lastimé a mi padre al no admirar su cuna de gato, al no quedarme en la alfombra para escucharlo cantar. Quizá lo haya lastimado, pero no creo que demasiado. Era uno de los seres humanos mejor protegidos que ha existido. La gente no lo afectaba porque la gente no le interesaba. Recuerdo que una vez, un año antes de su muerte, le pedí que me contara algo sobre mi madre. No recordaba nada sobre ella.